

JORGE EDWARDS

EL PATIO
(CUENTOS)

Viñeta de Emilio Piera

SANTIAGO DE CHILE

1 9 5 2

un hombre que se hubiera dormido de pie, contra un muro, estrechaba sus pétalos contra la pared. Las otras respiraban cansadamente el aire mustio y señorial, atravesado de olores.

—Muy bien —dijo él, mirándolas con indiferencia—. Son muy bonitas.

—Dígame, tía —preguntó—, ¿por qué no tocan nunca esa victrola?

Cubierta por un mantel rojizo, evocaba lejanos tiempos, una música diferente, los valsos que hicieron soñar a las apergaminadas señoras, el tío Fernando con sus largos bigotes, sus polainas grises, sus historias, sus tórtolas en escabeche los domingos, sus pavos para San Fernando.

—¡Uf! —exclamó la tía—. Si esa victrola es un vejestorio peor que yo. No se toca desde la muerte de tu tío.

—Por lo demás —añadió—, yo no soporto la música. A los organillos les pago para que se vayan.

Con la mano libre forcejeó y abrió la puerta del ascensor:

—Entra, hijito; vamos a mi pieza.

El regalo te lo tengo allá.

El salón, poco a poco, se alejó, se hizo más pequeño.... más pequeño.... vino la oscuridad.... una puerta cerrada.... la rápida visión de una galería.... la oscuridad.... una segunda puerta cerrada. La plataforma negra, remecida, vibró por un instante. El ascensor estaba detenido.

—Hay un desorden de los mil demonios —dijo la tía Florencia. Apoyó su bastón fuera del ascensor, en los cuadrados relucientes del parquet—. Han venido los hombres a limpiar y no terminan nunca.

—Yo soy amigo del hombre que limpia en mi casa —dijo él—. A veces me deja limpiar.

—¿Y tu mamá te lo permite? —La tía Florencia echó su cabeza un poco atrás y lo miró fijamente, haciendo una mueca de disgusto y de escándalo. / la

—Claro que me lo permite —dijo él.

—Sencillamente, yo no la comprendo —murmuró la tía—. Seré una retrógrada, seré lo que quieran,

—Filomena.

—¿Y tú?

—Cristina.

Lanzó una carcajada:

—Tú te llamas Marta —repetió—; tú, Filomena, y tú, Cristina. ~~—~~ Dijeron que sí, por lo cual él se mostró muy satisfecho.

—Vámonos de aquí —declaró de repente, y comenzó a repartir empujones a diestra y siniestra.

—Pórtate bien, Miguel —dijo el tío Antonio, sonriendo. Le sonreía de tan lejos, de tan lejos, con su cara sofocada, borrosa, de pequeños ojos brillantes. Pasaron junto a un ramillete y Miguel le dió una flor a cada una de las cuatro niñas. Tomó una más grande que las otras y se la colocó en el ojal. A pocos pasos quedaba el cuarto de baño.

—Espérenme un momento —dijo él, haciendo un gesto solemne. Entró al baño, cerrando la puerta con llave. Sin levantar la segunda tapa del excusado, se puso a orinar, ensucian-do la tapa y el suelo. Hizo una cascada blanca, humeante. Tiró la cade-

na y se miró al espejo. Estaba rojo, también, y tenía los ojos, empuqueñecidos.

Cerró la puerta a su espalda y sintió el salón girando, girando confundido con el perfume ondulante de las flores, girando vertiginosamente. Se dirigió, tratando de sujetarse a alguna de las cosas que giraban, a una pieza más o menos desocupada, y se tendió en un sofá. Durante mucho rato estuvo oyendo los confusos ruidos de los invitados que pasaban y volvían a pasar al lado suyo, rodeados y alucinados por el zumbido de sus propias voces. Las voces se les habían desprendido y como moscardones emigrantes marchaban en fila junto a su sofá. Vagamante presentía que esas voces le decían algo, pero él se limitaba a sonreír, como quien no quiere molestar a nadie, y a espantarlas con un vago movimiento de la mano.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel!!
¡¡Miguel!!— [A través de una niebla apareció la cara redonda y sorprendida de su hermano menor.

—Dice mi mamá que vayas a ver a la novia—. Lo tomaba de la mano y trataba de arrastrarlo. — ¡Miguel! ¡¡Miguel!! — Borrosamente divisó la pequeña cara desconcertada y a punto de soltar el llanto.

—¡Miguel! ¿Qué te pasa? ¡Mamá! ¿Qué le pasa a Miguel? ¡¡¡Mamáaaa!!!

tos movimientos, se dibujó en una vieja muralla.

—¿Usted fuma mucho, señor? — preguntó Bernarda, levantando de nuevo su mirada interrogante, de ojos agudos, hacia él. El señor hizo un gesto indefinido. Sostuvo el cigarrillo entre los labios, achicando los ojos para protegerse del humo, y con sus gruesas manos se arregló la corbata.

—Fuma tanto como mi papá — dijo Bernarda.

“Tonta”, se dijo, “si no le gusta que le hablen. Es mejor no hablarle.” Temerosa, con disimulo, miró hacia atrás, porque tuvo la sensación de haber oído pasos; pero nadie venía. El corazón le quedó latiendo acelerado. Siempre, a la vuelta del colegio, encontraba a su papá paseando por la calle. “Sal ahora, papá”, rogó. “¿Por qué no sales ahora?”

—Faltan dos cuadras, señor — dijo Bernarda. Había divisado el edificio grande de ladrillo que quedaba frente a su casa. “¡Ojalá no hayan salido todos!”, pensó de repente, y el

corazón volvió a brincarle, alarmado. Tendría que irse donde su tía Amelia, y si su tía Amelia no estaba, tendría que irse.... Sentía que las palpitations le oprimían la garganta y empuñó su mano con fuerza. “¿Por qué no hablará una palabra?”

—Señor —dijo Bernarda—, si usted quiere puede dejarme aquí. No tiene por qué molestarse....

—No importa —contestó el señor. Siempre miraba hacia adelante, con sus ojos hundidos, de mirada incierta. Ella también tenía sus ojos fijos adelante, fijos en el farol que conocía de memoria y que quedaba frente a su casa.

Cuando se acercaron, vieron la luz del farol reflejada desde distintos ángulos en cada una de las ventanas del edificio grande, en forma simétrica, iluminando toda la ventana que quedaba justo al frente, e iluminando las otras ventanas en un espacio gradualmente menor. Soplaban una brisa fría que pasaba lamiendo las paredes pétreas, silenciosas, del

tornada de la cocina dejó ver una hilera de verduras en descanso.

—En el medio del patio —dijo Pedro.

El caminó detrás suyo, con los ojos entrecerrados. Enervadas por el calor, las moscas revoloteaban junto al tarro de basura. El gato estaba tendido lánguidamente.

—Gatito, gatito —dijo ella, inclinandose y llamándolo con los dedos.

del Pedro se detuvo en el centro del patio. La miró un instante, con las manos en los bolsillos de su pantalón, y dijo:

—No saques la vuelta. Confiesa que no eres capaz.

—¡Soy capaz! —dijo ella. Espió con disimulo las casas vecinas, por si había gente mirando, y su cara tomó, por un momento, una expresión de angustia. Después, se puso de pie rápidamente.

Las moscas giraban enervadas junto al tarro de basura. El gato dormitaba. En un instante, sus calzones se deslizaron. Sacudió los pies y los calzones quedaron solitarios en el

cisca se alejaba por los corredores. La jaula de los pajaritos era lo único del patio que se podía mirar. Aunque a veces era bueno, también, mirar el castaño grande, lleno de caprichosas ramas. Las castañas estaban en el suelo, con sus caparazones partidos. Si se quitaban los caparazones, las castañas eran duras y brillantes. A ella le gustaba colocarlas en fila encima de la cómoda, junto a sus miniaturas de loza. Había dos pajaritos en la jaula: un pajarito azul y un pajarito negro. Ella quería más al pajarito negro, pero era más hermoso el pajarito azul. Ahora erizaban las plumas, comenzando a sentir frío. Ella comenzó también a sentir frío y contrajo los músculos, como achicándose dentro de su abrigo grueso y espacioso.

No había mucho que mirar en el patio, fuera de la jaula de los pajaritos y del castaño grande, de ramas caprichosas. Soplaban una brisa fresca que hacía oscilar levemente la jaula y que lamía las hojas sedosas del castaño, haciendo que se entre-

era de tu tío Enrique? —Depositó el frasco entre sus manos y presionó sus dedos con fuerza. Las manos de la tía Raquel estaban págajosas—. Ten mucho cuidado —advirtió—: es el vino para la misa de mañana.

La pieza de su tío Enrique era una pieza grande y desierta. Los muebles estaban enfundados. En las paredes, los numerosos retratos de familia habían dejado sus huellas: una sucesión de pequeños espacios cuadrados o rectangulares, más limpios que el resto del muro. Los retratos yacían encima de una mesa, junto a un anti-guo y diminuto sombrero de paja.

“Esta casa se queda sin nadie”, pensó. “La última era la tía Rosa.”

Depositó sobre la mesa el frasco con el vino añejo.

“En el cielo”, la tía Raquel, para explicar esas cosas, se transformaba, “todos se juntan de nuevo: los amigos con los amigos, los hermanos con los hermanos, los padres con los hijos y los esposos con los esposos, y los que han sido feos en la tierra resucitarán radiantes de belleza, y los

Desde su pupitre, José divisó al rector que pasaba por el patio, con sus pasos lentos y balanceados. Tenía las manos en los bolsillos, como siempre, y miraba despaciosamente para todas partes. Estuvo conversando un rato con los operarios. Ellos le mostraron el montón de baldosas que habían sacado y la parte de la cañería que iba quedando al descubierto. Faltarían cinco minutos para la campana. José miró a sus compañeros de clase. Estaban todos inclinados sobre los cuadernos. De nuevo oía el ruido de las lapiceras rasgando el papel. Se mordió las uñas y miró hacia fuera. Nadie estaba pendiente de lo que él hacía: ni el padre Gutiérrez, ni los operarios, ni sus compañeros. Quería hundirse debajo de la tierra, para que siempre fuera así.

Sonó la campana y comenzó a sentirse un rumor general de pupitres que se abren, de movimientos inquietos, de bancos crujiendo, de voces entremezcladas y bajas. El padre Gutiérrez dijo que la clase no había ter-

Lo
su enfermedad. Pasada un rato, se dió cuenta de que lo habían dejado solo, ya que los demás alumnos se habían puesto a jugar y el padre no se divisaba por ninguna parte. Temeroso de que sospecharan cualquier cosa, fué a sentarse en una de las gradas de piedra que tenía el patio, para dejar pasar las horas.

Las clases terminaban a las cuatro. Ya en la última clase, la impaciencia de todos era mayor que nunca; los rumores de la sala se multiplicaban, se volvían más rápidos y más inquietos. Muchos estaban distraídos; otros ponían una atención furiosa, sabiendo que pronto quedarían libres. José, que hasta cierto punto no había pensado en los operarios durante las horas anteriores, se obsesionaba de nuevo con el trabajo que hacían. Lo mismo que pocas horas antes, una sensación de angustia le oprimía el estómago. Ahora el montón de baldosas era mucho mayor y los martillazos dejaron de oírse. El sonido rítmico de los martillazos in-

Diagnóstico literario: Camilo
Viriato casa Aada. Zorraán.

La balada: muy concentrada, la
jaula y el castaño. El ciclo. Tra
se final, esencial. Estaban muertos.
Espacio exterior al cuento: re
lación padre y madre.

Texturas implícitas:

Azoretti
Gabriel Luro
Mariano

Joyce:

Poesía inglesa y espacio la
ra señora Dom...; Unión fuerte,
qué hizo? Falta la historia
familiar. Solo se intuye. Pero
aparecen las relaciones actuales
de.

El Regalo: lo que ocurre fuera del espacio del cuento: la madre, que "educa mal al niño, es pedante".

El tío Fernando.

El mundo obrero.

El Señor: carnavalesco o fiesta de la primavera. Valor testimonial. El hombre de la vicatray (espacio ajeno al relato).

La Virgen de cera. Voyeurismo

infantil. Incaja en el real, radical, de era viaja en el ~~era~~.

Los pecados — El mundo familiar de una niña. El protagonista: soledad absoluta. El otro niño y su curiosidad con placer.

Lo que se narra como id, con diversos nombres equivalentes.

Tit. con personal. "Madame Tovarj c'est moi".

Paso de poesía descriptiva y hacia a este género. Su futura ampliación. La signatura Adib, Lina.